

Arturo Gutiérrez Plaza

Selección de poemas

Hogar

Vivo en esta ciudad, en este país despoblado,
avergonzado por sus propios fantasmas,
confinado a cuatro paredes hurañas.

Vivo en cuartos vacíos.
En habitaciones que a ratos se encogen
expulsando todo aquello
que hasta ayer me acompañaba.

Vivo en su centro como viven los moluscos,
babosos e invertebrados, cordializando
con la concha que los protege.

Doy rondas, tanteo su superficie,
hago trampas: intento horadarla.
Guardo la esperanza de encontrar
respiraderos al otro lado.

Pero soy de acá, este es mi hogar
y aunque me vaya, aunque me escape lejos,
este encierro siempre será mío.

Vivo como el cangrejo ermitaño,
como un decadópedo errante,
refugiado en conchas vacías,
atrapado, impenitente, esperando
la bondad de alguna ola que me arrastre
o termine de ocultarme entre la arena.

Vengo de un lugar

Vengo de un lugar que ya no existe.

Mi abuela acostumbraba contarnos
que a poco de llegar a esos parajes,
al bajar la neblina de la tarde,
se afantasmaba la mirada.

No sé si también mis hermanos
guarden esos recuerdos en las retinas.
Se me hace tan escabroso preguntarles,
pues la vista no me alcanza para verlos
y lo poco que me dicen, en realidad, me lo invento.

Sé que ese lugar no estuvo lejos,
es decir, existió antes de mis ensoñaciones.
Sin embargo, ¿cómo asentarlos?
¿quién podría creerme a esta hora
si desapareció de los mapas sin darnos cuenta,
una noche, una noche muy larga
que nos tuvo a todos adormilados?

Yo sé que habité ese lugar,
lo juro, pues de allí vengo,
desde allá traje conmigo este cuaderno.

Yo sé que mi abuela existió
y me lo dijo, lo atestiguo en lo escrito,
ya tarde entre la bruma.

La valija

Si has de hablar de una valija extraviada
es porque sabes que en ella
también ibas tú.

Ahora, extranjero, desesperas buscándola
entre la multitud,
indefenso.

¿Cómo suturar tantos puntos de fuga?

Estaba dicho que sólo así aprenderías
a rogar por la bondad de los milagros.

Sin embargo, forastero, todo ha sido inútil.

Los infructuosos reclamos yacen
ahogados en profundidades abisales,
como en aquellos míticos tiempos
de poemas y naufragios.

A tu hora, en tierra ajena, cavilas lejos,
rememoras tus cuadernos mal escritos,
apilados en el interior de tu valija:
borradores de promesas reveladas y burladas.

Pero temes, sobre todo, por sus páginas en blanco.

Ellas, en su silencio ya perdido,
son las verdaderas señales de tu rendición,
las cartas de renuncia al único país que te quedaba.

Realismo socialista

Los poetas piensan en la muerte
cuando ven fogatas encendidas a lo lejos
y presienten el arribo de tormentas.

Pero yo veo tantos niños en los basurales,
esculcando entre ladridos agónicos,
entre perros famélicos,
tanta carroña agusanada.

Piensan en aquellos pasadizos nocturnos
que los han de llevar hasta las prometidas arcadías.

Pero yo veo tantas moscas a pleno sol,
tanto hueso roído, tanto pellejo escarbado,
exhausto, putrefacto,
tantas vísceras sin duelo.

Piensan, sobretodo, en la inmortalidad de sus versos
y en la póstuma fama que por siempre los preservará.

Pero yo, que también todo lo veo,
me escondo y escribo en la noche
mientras anticipo truenos a la distancia
y escucho llamas titilantes, titilantes, indecisas.

Tierra de Gracia

Y en la tierra de Gracia hallé temperancia suavísima y las
tierras y árboles muy verdes (...) creo que allí es el Paraíso Terrenal,
adonde no puede llegar nadie, salvo por voluntad divina

Cristóbal Colón

Mis hijos me hablan de sus vidas
desde lejos,
desde abstrusos idiomas.

Yo también desde lejos les escribo,
frente a una catedral
imaginando una verde montaña.

Les escribo desde un lugar donde no existen catedrales,
ni existen montañas
(en el medio de la nada).

Sí, queridos, sí, estoy bien.

Desde allí, desde la nada, les hablo.

¿y ustedes?

Todos -los de adentro y los de afuera-
nos asomamos por ventanales
conjeturando la lengua y la tierra natal;
aquella que alguna vez
creímos en gracia.

¿estás bien? ¿dónde?

Pero a la distancia sólo distinguimos torres en ruinas:
guardadas instauradas por los custodios
del hombre nuevo, el de siempre,
el nuevamente renovado.

No te escucho.

Tan solo hablo de una historia repetida.

No te entiendo.

Desprevenidos, como tantos
antes y después,
ahora nos sabemos
también, un pueblo elegido.

Hablamos luego, más luego.

Destinados a la errancia,
somos también los hijos de Babel.

Adiós.

Poema de amor

(encontrado en un barquito de papel que se hundía en el Guaire)

Es raro que no pensemos igual.

¡Siempre he sido tan magnánimo!

Todo en mí se da
por ese manto inabarcable
con el que cobijo la lealtad.

Soy, y todos lo saben, la paz.

Sin mí, el caos sería la única verdad.

Por eso, te decía
-hermano-
es raro.

Es raro que no veas todo con claridad.

Lo he instruido en Twitter, Facebook, Instagram.
En todos los medios que libremente gozan
de mi benevolencia, de mi compasión.

Lo he decretado en afiches gigantes,
en pasquines clavados en los retretes de este país.

Lo he explicado a gritos y en risueños juegos de mano,
digo, en lenguaje de señas -para hacerme entender.

Mi voz es el milagro de los que nunca la tuvieron.

Con gracia me han otorgado la suya
y ahora yo, con regocijo, les obsequio la mía.

Por eso te insisto,
compañero.

No entiendo, es raro.

Yo sanaré tus heridas para que no sufras,
(con estiércol);
y te daré el amor, lentamente,
(en las mazmorras).

Soy el incomparable,
éste será mi último nacimiento.

Ven a mí,
somos uno,
te amo.